

alli el ingenio y la facilidad de versificar, si bien perdidos y estropeados las más veces por el compadrazgo literario y por la carencia de toda saludable disciplina. Hoy, sin embargo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y comienzan á aparecer pro-sistas y críticos doctos y de indisputable mérito. De la crítica ha de esperarse el remedio á la anarquía literaria que affige á Cuba.

## V.

## SANTO DOMINGO.

La isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquella á quien el cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura, no puede ocupar sino muy pocas páginas en la historia literaria del Nuevo Mundo. Y sin embargo, la cultura intelectual tiene allí orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista; puesto que Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo fué el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida, de monstruosa actividad física é intelectual, da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan (primogénito de los Reyes Católicos), del rey de Nápoles D. Fadrique, y del Duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de

Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de las victorias del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recién descubierto; atravesó doce veces el Océano; conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia; disputó con fray Bartolomé de las Casas; intervino en explotaciones metalúrgicas; tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas; se sentó como Regidor en los más antiguos cabildos de América; arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no menos que el puñal de los asesinos pagados; fué Veedor de las fundiciones de oro en el Darien; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; Gobernador de Cartagena de Indias, Alcaide del castillo de La Española; y con todo eso, encontró tiempo en los setenta y nueve años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos comentados en prosa, y más de 20 volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él, ó que sabía por relación de los que en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, *«apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes»*,

podía multiplicar sin esfuerzo el número prodigioso de diálogos de sus *Batallas y Quincuagenas*, ó de libros de su *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, sin poner en ellos más aliño ni orden que los que gastaba en su conversación familiar. ¡Pero qué inagotable tesoro el de sus recuerdos! ¡Cuánto había vivido, y qué ojos tan abiertos para verlo y escudriñar todo, y qué memoria tan monstruosa y tenaz para recordarlo! No hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como el suyo. Por lo mismo que Oviedo dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor; por lo mismo que acumula todo género de detalles sin elección ni discernimiento, con afán muchas veces nimio y pueril, resulta inapreciable colector de memorias, que otro varón de más letras y más severo gusto hubiera dejado perderse, no sin grave detrimento de la futura ciencia histórica, que de todo saca partido, y muchas veces encuentra en lo pequeño la revelación de lo grande (1). En la parte de Historia natural, que es muy considerable en su compilación, fué ventaja para Oviedo el ser extraño á la Física oficial de su tiempo, tan apartada todavía de la realidad, tan formalista y escolástica, ó tan supersticiosamente apegada al texto de los antiguos, aun en muchos de los que más se preciaban de innovadores. Poco importaba que tuviese que leer á Plinio en toscano, por no poder leerle en su nativa lengua, si entregado á los solos recursos de su ob-

(1) Véase el tratado de D. José Amador de los Ríos sobre la *Vida y escritos de Oviedo* al frente de su *Historia de las Indias*, publicada por la Real Academia de la Historia en 1851 (cuatro volúmenes).

servación espontánea y precientífica, lograba, como logró, aunque fuese de un modo enteramente empírico, describir el primero la fauna y la flora de regiones nunca imaginadas por Plinio, y fundar, como fundó, la Historia natural de América, con descripciones que no son las de un naturalista, pero que los naturalistas reconocen como muy exactas.

No fué Oviedo poeta, pero sí abundante y desdichado versificador. El indigesto fárrago que lleva por título *Las Quincuagenas de los generosos é illustres é no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses y condes é cavalleros é personas notables de España* (obra que por ningún concepto ha de confundirse con el inestimable tesoro de las *Batallas y Quincuagenas* del mismo autor), está dividida en tres partes ó volúmenes en folio, que el autor acabó de escribir de su mano en la fortaleza de la Isla Española, el domingo 1.º de Pascua de Pentecostés, 25 de Mayo de 1556; y fué, sin duda, la primera obra de ingenio compuesta en la isla. Cada parte ó *quincuagena* comprende cincuenta estanzas, y cada estanza cincuenta versos, acompañados de difusos comentarios en prosa.

Los versos que, fuera de la medida, apenas merecen tal nombre, son todos de arte menor, y contienen sentencias y avisos morales á modo de proverbios, como fueron luego los de Alonso de Batres y Cristóbal Pérez de Herrera, y antes y con más poesía los del rabí don Sem Tob y el Marqués de Santillana. Véase una muestra de esta poesía *gnómica* del buen castellano de Santo Domingo (1).

(1) *Las Quincuagenas de la nobleza de España por el capitán Gonzalo Fer-*

No procures la posada  
 De la huésped risueña,  
 Ni te fies de la dueña  
 Que vieres arrebolada,  
 .....  
 Ni quieras tener contienda  
 Ni letigio con mujeres,  
 Ni les hagas displaceres  
 Á los que son religiosos.  
 Con los que son mentirosos  
 No quieras conversación,  
 Ni tengas altercación  
 Con el que vieres porfiado:  
 El que está escarmentado  
 Guárdesse de tropezar, etc.

Estas coplas sirven de pretexto para una serie de empalagosas disertaciones en prosa, donde, en medio de un sinnúmero de lugares comunes y de citas de los clásicos y de los Santos Padres, se encuentran bastantes indicaciones de historia y de costumbres, que bastan para justificar la publicación íntegra del mamotreto, aunque no el que se le haya dado preferencia sobre las *Batallas* del mismo autor, sin las cuales es imposible conocer á fondo la España de los Reyes Católicos.

La historia del descubrimiento y conquista de la isla Española no dió asunto á ningún poema particular, pero el infatigable versificador, Juan de Castellanos, la consignó muy á la larga en sus cinco primeras *Elegías*, relativas á Cristóbal Colón, y á su hijo D. Diego, el segundo Almirante.

nández de Oviedo y Valdés, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo; publicadas por la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del académico de número D. Vicente de la Fuente, t. I. Madrid, M. Tello, 1880.

Véase sobre esta publicación, que no ha continuado, un artículo de Morrel-Fatio en la *Revue Historique*, t. XXI, páginas 179-190.

La prosperidad y la importancia de Santo Domingo, dentro de nuestro imperio colonial, duró muy poco, comenzando la despoblación de la isla á medida que los límites de este imperio iban dilatándose por el mar de las Antillas y por Costa Firme, y luego por los inmensos territorios de Méjico y del Perú. Cada día más abandonada la Española, que á pesar de la importancia eclesiástica de su Sede metropolitana y del extenso territorio á que se extendía la jurisdicción de su Audiencia, se consideraba meramente como punto de escala para más opulentas regiones, se vió expuesta desde fines del siglo xvi á las depredaciones de los corsarios ingleses, franceses y holandeses, y á las piraterías de los *bucaneros*, llegando en la siguiente centuria á tal punto de ruina, que en 1737 la población española escasamente llegaba á 6.000 habitantes.

Como restos de su cultura antigua le quedaban, en el convento de Predicadores, una Universidad casi desierta, aunque condecorada con los pomposos nombres de *Imperial* y *Pontificia*, como que pretendía hacer remontar su fundación hasta los tiempos de Carlos V, lo que por falta de datos ni negamos ni afirmamos, aunque sí es cierto que sirvió de modelo para la organización de la de la Habana; y un colegio ó *estudio* de jesuitas, bien dotado al parecer, y cuyas rentas se aplicaron, después de la expulsión de la Compañía, al Colegio de San Fernando, que duró hasta la cesión de la parte española de la isla á Francia en 1795.

En este largo periodo de tres siglos, especialmente en el xvi, en que la ruina de la colonia no se había consumado aún, no dejó la isla de ser honrada alguna vez por los favores de las musas, y tuvo desde luego la glo-

ria de que en su suelo floreciese la primera poetisa de que hay noticia en la historia literaria de América. Debemos la noticia de ella y el conocimiento de algunos de sus versos al inestimable manuscrito de la *Silva de Poesía, compuesta por Eugenio de Salazar, vecino y natural de Madrid*, que se guarda en nuestra Academia de la Historia, y que ya tuvimos ocasión de mencionar tratando de Méjico. Salazar, que fué nombrado en 19 de Julio de 1573 Oidor de Santo Domingo, donde permaneció hasta 1580, en que ascendió á Fiscal de la Audiencia de Guatemala, nos ha dejado en sus versos muchos y muy agradables recuerdos de su estancia en la isla. *En loor de la muy leal, noble y lustrosa gente de la ciudad de Santo Domingo*, compuso un *Canto*. Y en un soneto nos dejó recuerdo del triste caso de un astrólogo dominicano llamado Castaño «que echaba juicios y respondía á muchos sobre sucesos futuros»: «Éste quiso pasar á la isla de Cuba en un navío cargado de mercaderías suyas, y en el viaje encontró un corsario francés que le tomó á él y al navío y á lo que llevaba.» Otras anécdotas de la vida de la colonia dan ocasión á composiciones suyas; pero lo que más importa á nuestro objeto es la mención de tres poetisas de la isla, de dos de las cuales intercala algunos versos entre los suyos. De Francisco Tostado de la Peña, *vecino de la ciudad de Santo Domingo de La Española*, trae un soneto tan malo, que no vale la pena de ser transcrito, aunque Salazar le llame en la contestación «*heroico ingenio del sutil Tostado*». Á la *ilustre poeta y Sra. D.<sup>a</sup> Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo*, la dirige un soneto encomiástico, pero no nos da ninguna muestra de su numen. En cambio nos hace conocer va-

rias composiciones de *la ingeniosa poeta y muy religiosa observante D.<sup>a</sup> Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española*, de quien se declara *muy devoto y servidor*, y á quien dedica cinco sonetos en fiestas de Navidad, Pascua de Reyes, Pascua de Resurrección, Pascua de Pentecostés y día de San Juan Bautista, contestándole la monja con otros tantos, no menos devotos que cortesés, y á veces por los mismos consonantes que los del Oidor. En nota los insertamos como curiosidad bibliográfica, juntamente con unos versos sueltos de la misma señora, que aun llenos de asonancias, como era general costumbre en el siglo XVI y lo es todavía entre los italianos, no me parecen despreciables, y siquiera por lo raro del metro en la pluma de una monja, deben conservarse (1).

(1) Doña Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española.

## SONETOS.

EN RESPUESTA Á UNO DE EUGENIO DE SALAZAR.

El Niño Dios, la Virgen y parida,  
 El parto virginal, el Padre eterno,  
 El portaliço pobre, y el invierno  
 Con que tiembla el auctor de nuestra vida,  
 Sienta (señor) vuestra alma y advertida  
 Del fin de aqueste don y bien superno,  
 Absorta esté en aquel, cuyo gobierno  
 La tenga con su gracia guarneçida.  
 Las Pascuas os dé Dios, qual me las distes  
 Con los divinos versos de essa mano;  
 Los quales me pusieron tal consuelo,  
 Que son alegres ya mis ojos tristes,  
 Y meditando bien tan soberano,  
 El alma se levanta para el cielo.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN LA PASCUA DE REYES.

Buena Pascua de Reyes y buen día  
 (Ilustre señor mío) tengáis éste,

Otro poeta muy superior á Eugenio de Salazar; uno de los genios más indiscutibles de que la literatura española puede gloriarse, honró con su visita la isla de Santo Domingo, á principios del siglo xvii, aunque tal visita haya sido generalmente ignorada por los historia-

Adonde la clemencia sacra os preste  
Salud, vida, contento y alegría.  
Del Niño y de los Magos y María  
Tan bien sepáis sentir, que sólo os cueste  
Querer que sea el espíritu celeste,  
Y así gocéis de la alta melodía.  
Albricias de la buena nueva os pido  
Aguinaldo llamado comúnmente,  
Que es hoy Dios conocido y adorado  
De la gentilidad. Pues le ha offrecido  
En parias á los Reyes del Oriente:  
Y su poder ante él está postrado.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE UNO SUYO.

El buen pastor Domingo, pregonero  
De nuestro bien y gloria rescibido,  
Aquesta vuestra sierva le ha tenido  
En más que á muy ilustre cavallero:  
Sé que le hizo Dios para tercero  
Del abreviado plazo y bien cumplido,  
Que el cuerpo y alma estuvo dividido,  
Del manso y divinissimo cordero.  
El salto y zapateta fué bien dado.  
Pues con la mesma espada de Golías,  
Nuestro David le corta la cabeza:  
Domingo desto está regocijado,  
Y haze deste bien las alegrías,  
Mas yo me llevaré la mejor pieza.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO.

Pecho que tal concepto ha producido  
La lengua que lo ha manifestado,  
La mano que escribió, me han declarado  
Que el dedo divinal os ha movido.  
¿Cómo pudiera un hombre no encendido  
En el divino fuego, ni abrasado,  
Hacer aquel soneto celebrado  
Digno de ser en almas esculpido?  
Al tiempo que lo ví, quedé admirada,  
Pensando si era cosa por ventura  
En el sacro collegio fabricada:  
La pura sanctidad allí encerrada,  
El emphasis, primor de la scriptura,  
Me hizo pensar cosa no pensada.

dores dominicanos, y por sus propios biógrafos. Fué éste nada menos que el gran Tirso de Molina, Fr. Gabriel Téllez, que estuvo allí y en otras partes de América como visitador de los conventos de su Orden, según él propio declara, si bien con palabras de acendrada

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO, SOBRE LA  
COMPETENCIA ENTRE LAS MONJAS BAPTISTAS Y EVANGELISTAS.

No sigo el estandarte del Baptista;  
Que del amado tengo el apellido;  
Llévome tras su vuelo muy sabido  
El águila caudal Evangelista.  
Mirélo ya con muy despierta vista  
Dende que tuve racional sentido;  
Y puesto que el propheta es tan subido,  
Mi alma quiso más al coronista.  
No quiero yo alterar sobre su estado,  
Pues sé que fueron ambos claro espejo,  
Y de la perfección rico dechado:  
Tomo con humildad vuestro consejo  
Y quiero destes fuertes capitanes  
Ser (como me mandays) de entrambos Joanes.

#### VERSOS SUELTOS

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO.

Qual suelen las tinieblas desterrarse  
Al descender de Phebo acá en la tierra,  
Que vemos aclarar el aire obscuro,  
Y mediante su luz pueden los ojos  
Representar al alma algún contento,  
Con lo que puede dar deleyte alguno:  
Assi le aconteció al ánima-mía  
Con la merced de aquel illustre mano,  
Que esclareció el caliginoso pecho,  
Con que pude gozar de bien tan alto,  
Con que pude leer aquellos versos  
Dignos de tan capaz entendimiento,  
Qual el que produjo tales conceptos.  
La obra vuestra fué; más el moveros  
A consolar un alma tan penada,  
De aquella mano vino, que no suele  
Dar la nieve, sin segunda lana;  
Y nunca da trabajo, que no ponga  
Según la enfermedad la medicina.  
Assi que equivalente fué el consuelo  
Al dolor, que mi alma padecía

modestia, en su *Historia inédita de la Orden de la Merced* (MS. de la Academia de la Historia), libro que contiene, aunque escasos, los más positivos datos acerca de su persona. Y la fecha de su vuelta y de su paso por Sevilla consta por un apunte de Fr. Pedro de San Cecilio, natural de Granada, y Comendador de la Merced, en su libro inédito de *Patriarcas, Arzobispos y Obispos mercenarios*, existente en la Biblioteca de la Universidad Hispalense (1): «Conocí al Padre Presentado Téllez en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador el año de 1625.»

La primera noticia literaria que en las historias de

Del ausencia de prendas tan amadas.  
 Seys son las que se van, yo sola quedo;  
 El alma lastimada de partidas,  
 Partida de dolor, porque partida  
 Partió, y corto el contento de mi vida,  
 Cuando con gran contento la gozaba:  
 Mas aquella divina Providencia,  
 Que sabe lo que al alma le conviene,  
 Me va quitando toda el alegría  
 Para que sepáys que es tan zeloso,  
 Que no quiere que quiera cosa alguna  
 Aquel divino esposo de mi alma,  
 Sino que sola á él sólo sirva y quiera,  
 Que solo padesció por darme vida;  
 Y sé que por mí sola padesciera  
 Y á mí sola me hubiera redimido,  
 Si sola en este mundo me criara.  
 La esposa dice: sola yo á mi amado,  
 Mi amado á mí; que no quiero más gente.  
 Y llorar por hermanos quien es monja,  
 Sabiendo que de sola se apellida:  
 No quiero yo llorar, más suplicaros  
 Por sola me veays, si soys servido;  
 Que me edificaréys con escucharos.

(1) Comunicó esta noticia D. Juan Colón y Colón á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que la publicó en el tomo II de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, Madrid, Yenes, 1839, pág. 2.

Santo Domingo encontramos, es la de un poeta llamado D. Francisco Morillas, que por los años de 1691 compuso una glosa con motivo del triunfo obtenido en la Sabana Real de la Limonada, el 21 de Enero de dicho año, sobre las tropas francesas, merced al valor del capitán Antonio Miniel y de sus lanceros. De esta glosa se recuerdan los dos versos siguientes:

Que para sus once mil  
 Sobran nuestros cuatrocientos.....

Las vicisitudes políticas y cambios de dominio por que atravesó la isla durante el siglo XVIII, y especialmente en el periodo de la revolución negra de Haití, dieron lugar á varias improvisaciones de circunstancias, entre ellas á la siguiente quintilla del presbítero don Juan Vázquez, cura de Santiago de los Caballeros:

Ayer español naci,  
 Á la tarde fui francés,  
 Á la noche etiope fui,  
 Hoy dicen que soy inglés;  
 No sé qué será de mí.

Esta quintilla pareció horriblemente profética, cuando el infeliz sacerdote murió quemado vivo dentro del coro de su iglesia por las bárbaras hordas de negros, que acaudilladas por Cristóbal, teniente de Dessalines, pasaron á cuchillo á los habitantes de aquella población.

Ante tales horrores, el sentimiento de raza pareció re-crudecerse. El acto odioso é impolítico de la cesión de la parte española de la isla en el tratado de Basilea, había sido llorado con lágrimas de indignación por un coplero anónimo, autor de unos ovillejos, muy malos, pero